

Hacia la creación de centros educativos populares como lugares de acogida, inclusión y vida comunitaria, microcosmos de la nueva sociedad y semillas del Reino.

Antonio Pérez Esclarín

Retomaremos aquí la propuesta que nos hizo **Antonio Pérez Esclarín** en el Congreso Internacional de Fe y Alegría en octubre 2021:

Hacia la creación de centros educativos populares como lugares de acogida, inclusión y vida comunitaria, microcosmos de la nueva sociedad y semillas del Reino.¹

Como un pequeño aporte a dicha construcción les ofrecemos algunos indicadores que pueden arrojar luces:

► **El centro cuenta con un proyecto educativo-pastoral-comunitario** claro, que integra y articula todos los programas, actividades y equipos, construido con la participación de todos los miembros de la comunidad educativa, que responde a la realidad del entorno y de los educandos leída desde la misión y los valores evangélicos, con objetivos y metas concretas, en permanente revisión, evaluación y reconstrucción. Padres, alumnos y docentes participan en la planificación, ejecución y evaluación del proyecto educativo-pastoral-comunitario. El proyecto educativo parte de un diagnóstico objetivo del contexto y de lo que vivimos, somos y hacemos, de nuestras fortalezas y debilidades, de las amenazas y oportunidades, y trata de confrontarlo con el sueño de la escuela que queremos.

► **Equipo directivo** que se responsabiliza por la marcha del proyecto, por la calidad de las relaciones y de los aprendizajes, con vocación pedagógica y verdadero liderazgo (con autoridad y no sólo poder). El liderazgo genuino, al estilo ignaciano, es un liderazgo de servicio, inspira confianza, cree en las personas, promueve la creatividad y la autonomía. Los verdaderos líderes son osados, inconformes, desafían el orden establecido y tratan de transformarlo. Procuran que las personas se sientan bien, se identifiquen, se comprometan y crezcan. Los líderes de servicio dan a sus seguidores una causa por la que vivir y esforzarse; superan el autoritarismo y el paternalismo; no generan dependencia sino que estimulan la creatividad y la propuesta; delegan, otorgan responsabilidades, exigen, confrontan. Creen que todos tienen valores que aportar y les ayudan a desarrollarlos. Empáticos, tienen la capacidad de situarse en la posición de los demás para comprender antes de enjuiciar; por ello, se esfuerzan para que las personas se sientan tomadas en cuenta, valoradas y reconocidas. Buscan sacar lo mejor de cada persona y hacer de gente ordinaria gente extraordinaria.

¹ Antonio Pérez Esclarín: Ponencia del Congreso Internacional de Fe y Alegría celebrado en octubre 2021.

► **Equipos de educadores** que conciben la educación como un proyecto ético, capacitados y comprometidos con la humanización de nuestra sociedad, que se esfuerzan cada día por ser mejores y hacer mejor su tarea para poder dar ejemplo con su palabra y con su vida de los valores que quieren sembrar y cosechar en sus alumnos. Educadores que valoran su profesión y se sienten orgullosos de ella, con expectativas positivas respecto a todos y cada uno de sus alumnos.

Educadores, que se organizan en redes, expertos en colaboración, que piensan, reflexionan y planifican juntos, se ayudan, se intercambian propuestas, investigaciones, evaluaciones, preocupaciones; pues entienden que la calidad es una exigencia tanto personal como del colectivo.

Educadores que reflexionan permanentemente sus prácticas para aprender de ellas, que entrenan para la acción, es decir, que no sólo ayudan a construir conocimientos, sino a construir hábitos, actitudes, valores, estilos afectivos. Educadores en formación permanente, no tanto para aumentar el currículo y sentirse superiores, sino para servir mejor a los alumnos, que por ello conciben los nuevos diplomas y títulos no como escalones que los elevan y alejan de los demás, sino como peldaños que les posibilitan descender hasta el nivel de los alumnos más carentes y necesitados, para ayudarles a surgir y realizarse.

Educadores que cumplen sus deberes y defienden activamente sus derechos y exigen una remuneración adecuada y un buen trato, que les permita vivir con dignidad, ejercer con alegría su profesión y seguirse formando.

► **Equipos de educandos** de todo tipo: deportivos, culturales, científicos, periodísticos, de oración, música, teatro, aprendizaje, investigación, servicio social..., con estilos y modos de proceder coherentes con la misión del centro educativo, bien articulados al proyecto pedagógico-comunitario-pastoral del centro, en constante revisión y evaluación, para mejorar. En el centro o programa educativo todos aprenden y aprenden de todos. El respeto, la valoración de la diversidad, la fraternidad, la solidaridad, más que discursos o enunciados teóricos, son vivencias permanentes. De este modo, los educandos aprenden a competir consigo mismos para poder compartir mejor, de modo que más que competitivos, todos se van volviendo cada vez más competentes, más conscientes, más cuidadosos, más compasivos y más comprometidos.

Educandos capaces de asumir y utilizar críticamente las nuevas tecnologías, muy conscientes de sus potencialidades formativas y comunicativas, pero también de algunos posibles peligros. Entre ellos, el que la persona se pierda en el anonimato de las redes y se diluya su condición de sujeto de derechos y deberes. El exceso de información puede llevar también al reino de la superficialidad e incluso a la adicción a una información inabarcable, en la que abundan los bulos, mentiras, manipulaciones y todo vale por igual. Por otra parte, en estos tiempos

de modernidad líquida y postverdad, en la que todo es incierto, relativo, inconsistente, podemos perder los principios y valores fundamentales y quedarnos sin raíces donde afianzarnos y sustentar nuestros proyectos y nuestras vidas.

► **Pedagogía socio-crítica** que garantice coherencia con los postulados e intenciones. Con frecuencia, proclamamos unos fines muy valiosos pero lo que hacemos niega o imposibilita lo que pretendemos. De ahí que la pedagogía exige la reflexión permanente de la práctica (lo que hacemos) para adecuarla a las intencionalidades (lo que pretendemos) y los contextos (la realidad de los alumnos, del centro, de la comunidad, del país, del mundo).

La pedagogía crítica necesita educadores que estimulen la pregunta, la reflexión crítica sobre las preguntas, para superar el sinsentido de una educación que exige respuestas a preguntas que no interesan. Educadores que promueven el análisis crítico de discursos, normas, propuestas y hechos; de las actitudes autoritarias y dogmáticas, tanto de la realidad escolar como de la problemática nacional y mundial, que capacitan para reconstruir y reinventar el mundo. Análisis crítico que no acepta la “normalidad” de un mundo inhumano y se hace denuncia valiente de todo lo que atenta contra la vida, de todas las injusticias, las falsedades, las manipulaciones, las mentiras.

Pedagogía que analiza críticamente el uso del poder. Si en verdad buscamos, mediante la educación, empoderar o fortalecer a los sujetos sociales para que sean capaces de impulsar en todos los ámbitos personales, familiares y sociales, unas relaciones verdaderamente democráticas, no hay duda de la importancia de analizar críticamente el ejercicio del poder en las estructuras organizativas y en las relaciones educativas. Tenemos claro hoy que el uso que hacemos del poder lo convierte en dominación o en fuerza constructora de lo nuevo, pero también hemos aprendido que el poder opresivo no se devela, ni el empoderamiento de los grupos relegados y excluidos se construye a partir de discursos de participación y democracia. Ello sólo puede ser un aprendizaje en lo concreto de nuestras relaciones sociales.

Esto va a exigirnos el análisis desprejuiciado de nuestras estructuras y organigramas, y del modo o estilo de proceder y relacionarnos cotidianamente, teniendo como referente a Jesús, que nunca utilizó el poder en su propio beneficio, sino que optó por el poder como servicio, poder para hacer crecer a las personas, para liberarlas de ataduras y limitaciones. Este tipo de poder, aunque lo proclamamos, es muy difícil pues el poder (y todo lo asociado a él: privilegios, fama, beneficios, servilismo de los súbditos, concepción de superioridad...), nos seduce y atrapa.

Por ello, el modo de proceder en nuestros centros de trabajo (oficinas, emisoras, escuelas, institutos, centros de capacitación...) deben expresar los valores que predicamos (sencillez, austeridad, amistad, solidaridad, trabajo responsable,

servicio, fe, alegría, optimismo, esperanza,...). Lamentablemente, todavía siguen enquistadas entre nosotros las estructuras patriarcales, autoritarias, discriminatorias, que en vez de empoderar, oprimen, segregan, excluyen.

► **El aspecto físico** manifiesta cuidado, limpieza, cariño, creatividad, respeto y preocupación del colectivo. Los centros son sencillos pero hermosos, lugares de acogida e inclusión, en los que realmente se vive y por ello se aprende a vivir, a convivir, a vivir para los demás. Se cultiva el amor a la naturaleza, la conciencia ecológica, la fraternidad cósmica, la austeridad y el compartir.

► **Se respira un ambiente de motivación**, comprensión, acogida, respeto, convivencia, en el que se respetan las diferencias de género, raza, sociales, culturales, de los modos y formas de aprender, y se asume la diversidad como riqueza. Valorar lo diferente y a los diferentes implica también tratar con cortesía, trabajar juntos, respetar, cuidar a los más débiles.

► **Se defienden los derechos de todos y todas**, especialmente de los más débiles y necesitados y se practica la discriminación positiva, es decir, se atiende con especial esmero y dedicación a los alumnos con mayores problemas, carencias y dificultades. Es urgente que nos preguntemos y analicemos objetivamente si en verdad estamos atendiendo a los más necesitados y excluidos, a los que la pandemia ha arrojado fuera del sistema, a los que por su situación y precariedad, ni se plantean la posibilidad de estudiar en un centro de Fe y Alegría. Por ello, no basta con esperar a que vengan, tenemos que salir a buscarlos. Esto va a exigir que analicemos nuestro discurso de ir a las nuevas fronteras para detectar las nuevas formas de exclusión más allá de los motivos económicos, como pueden ser los motivos raciales, de género, religiosos, de rezago, de alguna discapacidad.

De ahí la necesidad de analizar y revisar los requisitos y exigencias que ponemos para ingresar o permanecer en nuestros programas educativos, de modo que realmente prioricemos a los que están siendo excluidos y combatamos los mecanismos de exclusión, pues no es suficiente que admitamos a los alumnos segregados por algún tipo de discriminación, sino que debemos trabajar para que permanezcan en los programas educativos el mayor tiempo posible de modo que garanticemos su éxito y evitemos su fracaso. Eso va a suponer garantizar a todos las condiciones necesarias (en alimentación, salud, recursos, útiles...) para garantizar su permanencia y sus aprendizajes.

► **El centro se vincula y “se enreda” con las escuelas cercanas**, con las organizaciones educativas, sociales y comunitarias que buscan objetivos semejantes y se liga a la problemática del entorno, del país y del mundo. Se preocupa por la educación de calidad de todos los niños, jóvenes y adultos de la comunidad, del país y del mundo. Defiende y promueve por ello la educación como bien público, lo que supone educación de calidad para todos y, en consecuencia,

defensa de la educación pública, que no es la del gobierno, sino la que es de la sociedad, de toda la sociedad.

En resumen, el centro se convierte en un lugar de acogida y cuidado, de inclusión de los excluidos, en el que se propicia la comprensión crítica de la democracia vivida en la cotidianidad y en la sociedad, pero desde una conciencia ética que haga del individuo sujeto de cambio y protagonista en la construcción de genuinas comunidades democráticas. Por ello, se educa para la verdadera participación política y para el ejercicio pleno de la ciudadanía. Se trata de que las personas logren entender y experimentar de un modo práctico que sí es posible avanzar en hacer realidad los valores humanos y cristianos que sustentan la verdadera convivencia, la paz y la justicia, y que vale la pena trabajar sin descanso por construirlos y defenderlos.